VIDAS POR CRISTO (I)

Deseo, amigo/a lector, que estas breves biografías te ayuden a pensar, a ser tú mismo, es decir, una persona coherente con la fe.
Desde que leí por primera vez algo de san Ignacio de Antioquia, me conmovió que, a sus 80 años, tuviera la fortaleza y la aventura de escribir cartas durante su viaje último: el encuentro con Cristo sufriendo antes el martirio en Roma ante las fieras y el sarcasmo de los espectadores que le reían la gracia al emperador.

Con afecto, Felipe Santos, Salesiano

Málaga-noviembre-2006

"¡Ven al Padre!"

San Ignacio de Antioquía

Dígnate introducirnos en la comunidad de todos los santos apóstoles y mártires Juan, Esteban, Ignacio (canon Iº de la Misa). Ignacio es obispo de Antioquia de Siria al

comienzo del siglo II, en la Iglesia cristiana con cincuenta años de existencia.

De origen helénico, Antioquia hereda el patrimonio de Jerusalén. Ignacio, salido del pagano-cristianismo, retiene de esta herencia los valores bíblicos y espirituales — san Juan por la vida en Cristo y san Pablo por la unidad de Jesús y su Iglesia — que expresa con la sensibilidad y la lengua de su alma: el griego.
Bajo el reino del emperador Trajano (85-117), Ignacio es arrestado, juzgado y condenado a las bestias. Será ejecutado en el año 110 en Roma, que se reserva a las víctimas más prestigiosas.
Conducido bajo escolta militar de Siria a Roma, viaje que nos recuerda el último de Pablo, escribe siete cartas a la comunidades cristianas (las de Efeso, de Magnesia del Meandro, de Trallas, de Roma, de Filadelfia, de Esmirna y a la de Policarpo obispo de Esmirna).
Su prestigio es tal que los cristianos de las ciudades de Asia que atraviesa, acuden para testimoniarle su respeto lleno de veneración, mientras que las otras ciudades envían su delegación para estar ante él.
Sus cartas anteriores a los últimos escritos del Nuevo Testamento son nuestra mejor fuente de informaciones acerca de la vida de los cristianos de alrededor del año 100. Nos revelan a un obispo y doctor de la fe, pero también a un cristiano apasionado por Cristo, impaciente por unirse a su Señor a través del martirio.

El martirio de san Ignacio

« Soy trigo de Dios, y será molido por los dientes de las bestias, para convertirme en el pan inmaculado de Cristo ».

Carta a los Romanos

Conmovedor camino el de los últimos días de Ignacio. Su carta a los Romanos nos presenta a un hombre fascinado por Dios, consumido por amor, ardiente, excepcional, heroico por su sencillez y pudor, acogida lúcida, con un don innato de la simpatía. De su ofrenda, sube uno de los más bellos cánticos brotados de un corazón cristiano: amor por Cristo y su Iglesia a la que desea unida, como Jesús a su Padre.

Escuchémosle.

Ante todo el martirio no es fácil, no es el camino natural del hombre: «Me será difícil llegar a Dios, si no tenéis piedad de mí. »

Ignacio fundamenta su deseo en los preceptos que han forjado su fe: «Lo que quiero, es precisamente la puesta en práctica de vuestras lecciones y vuestros preceptos. »

Pero Ignacio supera los mandamientos haciendo de ellos un acto de amor: « Para que sea un cristiano, no solamente de boca sino de corazón; no solamente de nombre, sino de hecho. »

Lo que le da fuerza para avanzar, es su deseo de poseer sólo a Cristo, estar con él cara a cara: deseo idéntico a de los místicos. «Que los suplicios más crueles caigan sobre mí, con tal que posea por fin a Jesucristo. » O más todavía«¡Jesús ha muerto por nosotros! Es a él a quien quiero, a él que ha resucitado por nuestra causa. »

Para Ignacio, ningún otro camino que el que lo configura a la vida y muerte de Cristo: « permitidme que imite la Pasión de mi Dios. »

Sumido en la muerte de Cristo pero para renacer con él. Los sufrimientos y la muerte de Cristo han vencido la muerte. El poder de la Resurrección está al cabo del camino. La muerte es sólo un paso. Ignacio toca toda la profundidad del misterio Pascual : «Efectivamente está bien acostarme en el mundo de Dios para levantarme en él. »

No muere solo. Como Jesús muerto por todos los hombres presiente que su muerte es por todos los cristianos: «Es cuando haya desaparecido de este mundo cuando mi fe desaparecerá con una resplandor mayor. »

Superados e impotentes ante un compromiso tan radical, como María al pie de la Cruz, no hay nada más que el Muy Amado se deja llevar por su amada. Dejemos que Ignacio vaya a su Dios y nuestro Dios: « Mis pasiones terrenales han sido crucificados y sólo queda en mí el fuego de la materia ; hay sólo un agua viva que murmura dentro de mí y me dice: ¡Ven al Padre!

El martirio cristiano: **¿qué testimonio, para nosotros, hoy?**

« Era una muchedumbre inmensa que nadie podía enumerar. [...] Se mantenían de pie ante el trono y ante el cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en la mano. [...] Vienen de la gran prueba. Han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del cordero". (Apocalipsis 7,9-14)

El martirio es un tema complejo, porque queda, como la cuestión del sufrimiento, del mal y de la muerte, como un misterio en nuestras vidas. Sin embargo, sabemos que se enraíza en un misterio aún más grande: el del misterio Pascual. *«¿No fue preciso que Cristo sufriera para entrar en su gloria?", explica Jesús resucitado a los discípulos de Emaús*. (Lc 24, 26)

Con delicadeza y atención exploraremos este tema. Ante todo respetuoso por la sangre vertida o derramada por los primeros mártires cristianos, y solidarios con todos los que la han derramado desde hace más de dos mi años. Para todos los que continúan muriendo en nombre de pertenencia a Cristo crucificado, por todos los que sufren hoy en su cuerpo y en su alma: creer que eso no ha servido para nada y que Dios nos une en el corazón de toda angustia.

Como continuación de Ignacio, os propongo una marcha

“virtual”, recorriendo juntos durante siete estaciones: no llegar absolutamente al martirio de la sangre, sino al testimonio en el que aclaramos el camino abierto por Jesús.

Primera estación: Tengo confianza

Todo ser constituido normalmente para la alegría, la felicidad, huye del sufrimiento y de idea misma del martirio. Es lo que sucede a Mallaussène (héroe del romancero Daniel Pennac) cuando busca un nombre para su hijo que va a nacer. Dándose cuenta de que todos los nombres del calendario cristiano lo han llevado personas que han sufrido suplicios afrentosos, se interroga por el fundamento de una línea que legar a su hijo.¿Cómo conciliar el deseo de una vida feliz y apacible con la de los sacrificados? En dos palabras, su nombre no le va a traer la mala suerte?
Quizá ante la angustia de este padre joven, Jesús le diría como a Pedro escandalizado por el anmuncio de la Cruz: *« Tus visiones no son las de Dios, sino las de los hombres. »* (Mt 17, 23)

Segunda estación**: la muerte a sí mismo.**

Una de mis hermanas mayores me compartía su escepticismo ante la lectura del largo martirologio durante el descanso en el Carmelo, exaltando las cabezas cortadas, los miembros dislocados, los ojos arrancados, la piel quemada y otras muertes atroces.
Deleitarse con estos suplicios revelan o mal gusto (ver

algunos films con adolescentes contentos ante el horror) es algo gravemente sádico. Al igual que amar el sacrificio puede esconder un desvío masoquista.
Cristo sufrió y murió, pero él no entregó a la muerte. El se entregó a los hombres « Esto es mi Cuerpo », por puro amor y según la voluntad del Padre. Se entregó hasta el final, sí, pero tras un largo camino de abandono y llevado por una promesa.
El verdadero martirio da su vida al mundo para dar vida. No podemos confundir la ofrenda con el suicidio. El suicidio no da la vida. Algunos jóvenes cultivan el gusto por la muerte o la depresión, quieren morir, sufrir en lugar de una persona próxima: pero morir mártir no es eso.
Me interrogo personalmente: ¿Cuándo hago la elección de la vida y de la confianza?
¿Cuándo elijo la muerte o la desesperación?

Tercera estación: anuncio el Reino.

«Al marchar el primero hacia la gloria, habéis adquirido numerosos compañeros de gloria » Carta de san Cipriano al Papa Cornelio, mártires del siglo III."
Los tres jóvenes, en el horno (Daniel 3,12 a 87) danzan, cantan y continúan alabando al Señor. Salen intactos y el rey Nabuchodonosor se convirtió. Porque dieron todo al Señor, porque tuvieron confianza en su palabra de vida, les dio el céntuplo (milagro del horno y conversión del acusador). Si los primeros cristianos retomaron la historia de los mártires de Israel, es porque leyeron en la alabanza de los tres jóvenes, todas las dimensiones del martirio: la alabanza eucarística, el martirio de Cristo, la fuerza de la Resurrección.

Historia sublimada, pues la tortura y la muerte de un ser humano son insoportables. Lo que ella nos enseña: sí, hombres han sufrido cruelmente y han muerto pero esta injusticia ha sido trascendida por su fe y su adhesión al Señor. En el sufrimiento más abyecto, más injusto, se les da una gracia. La gracia de una presencia de amor a su lado. Eso es ofrecerse al mundo para aportarle la vida divina.

Cuarta estación: **¿he leído bien el contrato?**

« Bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte » Romanos 6,3

Por nuestro bautismo, vivimos la locura de seguir a un mesías crucificado. Un mesías que ha resucitado de los muertos, pase, pero porque ha atravesado las profundidades de la muerte, lo seguimos también en sus tinieblas.

Seguir a Jesús, es fascinante en los momentos alegres al verlo milagroso en su vida. Cuando nos habla de la puerta estrecha (Mt 6, 13-14), la exigencia es a veces más difícil de aceptar.
¿Sabemos escuchar bien, durante la Eucaristía, cima de la ofrenda perfecta de Cristo, lo que nos invita a hacer? *« Que el Espíritu haga de nosotros una ofrenda eterna para su gloria para que obtengamos un día los bines del mundo futuro»* en la oración eucarística III. Con Cristo, por Cristo y en Cristo participamos plenamente en el misterio Pascual.

Quinta estación**: ¿Qué quieres de mí?**

« El sacrificio que agrada a Dios, es un espíritu quebrantado y humillado» Salmo 50.

A veces en mi vida, busco lo imposible, lo que no tengo, lo que soy. Quiero más: tentación de sobreestima y de heroicidad.

Me interrogo sobre lo que es don de Dios y lo que acaparo; sobre lo que es mi realidad (tan pequeña y limitada) y sobre lo que es ilusión y escapatoria. Jesús llegó hasta el fin. Para mí, ir hasta el fin, es quizá ir al fin de un compromiso mientras que hoy el camino es más sombrío y difícil.

Mi martirio son quizá los «pequeños golpes de aguja » de la vida cotidiana. Teresa de Lixieux, Carta 74. Vivir crucificado con una muerte a mí mismo, ¿no es vivir mi realidad, sin buscar hacer más?

Sexta estación: me gusta quién soy

« Lo que el Señor ha mandado parece duro y penoso, […] pero no es duro, ni penoso en realidad, porque el que manda es el que ayuda a realizar lo que manda» san Agustín.

«Después de la comida, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Respondió :Sí

Señor, sabes que te amo. » Juan 21, 15-17. Por tres veces Pedro declarará su amor al Señor y solamente tras la declaración de amor se desencadena el anuncio del martirio. *« Jesús habló así para indicar de qué muerte iba a morir Pedro para glorificar a Dios »* Juan 21, 19. Cuando Jesús está seguro del amor de Pedro, es cuando se anulan sus tres afirmaciones de negaciones y le ofrece que le siga : *« Sígueme».* Porque sólo entonces el amor de Dios lo ha fortalecido.

Séptima estación: «quiero morir para decirte que te amo»

Isabel de la Trinidad (carmelita en Dijon de 1901 a 1906) nos hace sentir en su poema, ¡cuán arraigado está el martirio en el amor!

« No deseo más que tu santa presencia en cada instante del día en que deseo salir de mí y bajo tu sola mirada inmolarme en silencio. »

No me planteo la cuestión del bien fundado o no del martirio. No soy mártir, es decir testigo de la vida del Resucitado, por mi configuración con Cristo. Y solo el amor de Dios para mí me concede vivir esta realidad ofrecida a todos los cristianos desde su bautismo. Soy solidaria de la sangre ya derramada y sobre el que correrá todavía. Sólo pido una cosa al Señor: la de vivir mi vida según su deseo. Porque *« Por más hermoso que sea quemarme en vivo, si me falta el amor, no me sirve de nada. »* 1Co 13, 3.

« Jesús salvador del mundo, en la hora en que fuiste elevado de la tierra, haznos mirar tu cruz, a fin de viendo hasta dónde nos amas, nunca nos alejaremos de ti »